WAGNERIANA CASTELLANA Nº. 27 (NUEVA SERIE)

TEMA 3-2: RIENZI

TÍTULO: **RIENZI, EL PRIMER HÉROE WAGNERIANO**

AUTOR: *Sebastian Fabricius*

Quizás se haya criticado en demasía, a pesar de su brillante orquestación y sus innegables cualidades musicales, a *Rienzi*, la *Grand Opéra* compuesta en 1840, cuando Richard Wagner tenía apenas 27 años de edad. Será una obra de juventud, por supuesto, perteneciente a una época en la que el músico-poeta buscaba su propio estilo y personalidad artística. Todavía estaba lejos la "música del futuro" del período de madurez, y Wagner admiraba, como la mayoría de los músicos de su generación, las óperas de Meyerbeer[1], Halévy, Auber y Spontini, que por entonces triunfaban en París, la capital artística de Europa.

A pesar del éxito que siguió a su estreno[2], el 20 de octubre de 1842 en la Opera de Dresde, más tarde el propio Wagner acabará por abjurar definitivamente de *Rienzi*[3],

[1] Hans von Bülow llegó a decir de «Rienzi», no sin cierta ironía, que era la mejor ópera de Meyerbeer. Giacomo Meyerbeer representará más tarde para Wagner un símbolo de todo lo estéticamente detestable.

[2] Wagner recuerda en *Mein Lebe*n: "Ninguna experiencia posterior me ha producido sentimientos ni remotamente parecidos a los que experimenté aquel día del estreno de Rienzi. La ansiedad, más que fundada, por el éxito de mis obras ha dominado de tal modo mis sentimientos en todos los estrenos posteriores de mis obras que nunca pude disfrutarlas realmente ni prestar demasiada atención al comportamiento del público. [...] El éxito inicial de Rienzi estaba sin duda asegurado de antemano. Pero la forma escandalosa en que el público declaró su parcialidad hacia mí fue extraordinaria... El

excluyéndola del repertorio de Bayreuth, al darse cuenta que los postulados de la *Grand Opéra* -con su música efectiva pero artificial, su vacía grandilocuencia y su pomposa pero afectada teatralidad- conducían inevitablemente a un callejón sin salida. Pronto se gestará el *Holandés errante* y Wagner, fiel a sí mismo, tomará una nueva dirección, renunciando a las formas obsoletas de la música dramática, como lo hará saber en sus grandes tratados teóricos sobre el destino de la Ópera.
Sin embargo, en ese juvenil *Rienzi*[4], un drama tan desmesurado y colosal, nacido prematuramente y prematuramente renegado, con sus prolongadas arias, dúos y tríos, sus grandiosas masas corales, sus danzas de pretorianos y vestales, sus himnos populares y sus marchas militares, emerge el Tribuno de Roma envuelto por una música que ya anticipa al genio y deja vislumbrar las obras que vendrán[5]. Porque Rienzi, dramáticamente hablando, es la suma de todos los héroes, la idealización del hombre supremo, aquel que, parafraseando a Carlyle, encarna los afanes de todos los hombres y, por ello, tienen algo de divino que los vuelve líderes, profetas, conductores.
Cuando surge Cola Rienzi, un hombre desconocido de la multitud, como libertador del pueblo romano, hasta entonces humillado por la tiranía de la cínica nobleza, anuncia con fuerte voz:

«Si oís la llamada de la trompeta
resonando en su prolongado sonido,
despertad entonces, acudid todos aquí:
¡Yo anuncio la libertad a los hijos de Roma!»[6]

Nicola Gabrini (1313-1354) fue aquel hombre predestinado que pasó a la historia como Cola di Rienzi. Era hijo de un humilde tabernero que le dio una educación superior a sus medios y a su clase. Aficionado a la lectura de los autores clásicos y dotado de ardiente imaginación, soñaba con recuperar la perdida grandeza de los tiempos de la antigua República en contraste con la decadencia con la Roma de la época, con un Papa residiendo en Aviñón, e inmersa en las luchas entre las grandes familias patricias, los Orsini, los Colonna, a quienes odiaba profundamente debido al

---

público había estado predispuesto a aceptarlo a la fuerza, porque todos los relacionados con el teatro habían estado difundiendo informes tan favorables... que toda la población esperaba con ilusión lo que se anunciaba como un milagro... Al tratar de recordar mi estado esa noche, sólo puedo recordarlo como si tuviera todas las características de un sueño."
Rienzi llegó a representarse en Dresde más de un centenar de veces hasta 1873; y en 1908 la cifra se había duplicado).

[3] En su ensayo autobiográfico de 1852, "Una comunicación a mis amigos", escribió: "La vi sólo en forma de 'cinco actos', con cinco 'finales' brillantes, con himnos, procesiones y el musical choque de armas". Cosima Wagner registró el comentario de Wagner en su diario del 20 de junio de 1871: "Rienzi me resulta muy repugnante, pero al menos debería reconocerse el fuego que hay en ella; yo era director musical y escribí una gran ópera; el hecho de que fuera este mismo director musical el que les diera unos huesos duros de roer, eso es lo que debería sorprenderles."

[4] Es la tercera ópera de Wagner, tras «Las hadas» (1833), no representada durante la vida del compositor, y «La prohibición de amar» (1836), retirada después de su estreno.

[5] Recuerda Wagner: "Empecé en otoño la composición musical de *Rienzi*, decidido a ajustarme en absoluto al asunto y a no plegarme a ninguna otra cosa; no me propuse modelo, sino que me abandoné exclusivamente al sentimiento íntimo que entonces tenía de encontrarme ya bastante adelantado, para exigir del desarrollo de mis facultades artísticas algo original, huyendo de lo insignificante." Richard Wagner: Recuerdos de mi vida (1813-1842)

[6] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto I, Escena primera.

Rienzi jura obtener justicia por su hermano, óleo de William Holman Hunt

asesinato de un hermano a manos de un noble. Su natural elocuencia y su entusiasta oratoria le sirvieron para conquistar el favor popular, convenciendo a sus partidarios que estaba destinado por Dios a regenerar su patria y liberarla del yugo de los nobles.

Amigo de Petrarca[7], al que comunicó su proyecto, y nombrado por el papa Clemente VI en 1344 notario de la Cámara Apostólica, institución con competencias legislativa, administrativa y judicial, atacó el mal gobierno de los trece priores liderados por Stefano Colonna. Aprovechando una revuelta en la ciudad, el notario convocó al pueblo en el Capitolio y, asistido por el representante papal, Raimundo de Orvieto, prometió una nueva serie de leyes, una mejor administración de los recursos públicos y la expulsión de la nobleza del gobierno de la ciudad. Cuatro días más tarde, Cola sería elegido tribuno[8] del pueblo romano, cargo con carácter vitalicio.

En su *Epistolario*, Cola di Rienzi, dirá:

«Empecé a despreciar la vida plebeya y a cultivar el ánimo con las más elevadas ocupaciones que eran posibles, y con las cuales pudiese procurarme honor, elogios y gloria sobre los demás ciudadanos. De hecho, exceptuada la magistratura de la Cámara de Roma, que le correspondía al papa, quien de todos modos gobernaba por medio de un sustituto, dejando de lado cualquier otra ocupación, sólo atendí a la lectura de las gestas imperiales y de las memorias de los más grandes hombres de la antigüedad. Y, pareciéndome mi ánimo en cierto modo lleno de todo eso, consideré que nada se habría hecho si las cosas que había aprendido leyendo no hubiese intentado realizarlas. Sabiendo por eso mismo, por las crónicas de Roma, que durante quinientos años y más ningún ciudadano romano, por bajeza de ánimo, se había atrevido a defender al pueblo de los tiranos, y sintiendo asimismo lástima por los italianos, que estaban en la miseria, indefensos y oprimidos, decidí intentar la

[7] Francesco Petrarca, el gran poeta italiano, dedicará a Rienzi una oda de sus *Canzoniere* titulada *Spirito gentil, che quelle membra reggi*, que concluye así: Sobre el monte Tarpeio, canción, verás un caballero, a quien toda Italia honra, pensando más en los demás que en sí mismo. Dile: Uno que todavía no te ha visto de cerca, salvo como un hombre enamorado por la reputación, dice que Roma siempre te pedirá misericordia desde las siete colinas con sus ojos bañados en dolor y en suavidad.

[8] En la antigua Roma, el tribuno (tribunus) era un jefe elegido como cabeza de cada una de las tribus que poseía atribuciones administrativas, económicas (percepción del tributo), militares (levas del contingente que cada tribu debía aportar) y civiles. Además, podía poner veto a las resoluciones del Senado y proponer plebiscitos.

difícil empresa, que era noble, digna de alabanza y de permanecer en la memoria pero, con todo eso, peligrosísima. Y así, ora con palabras, ora con las armas, en Roma y ante la Curia, comencé con tanta intrepidez a defender francamente al pueblo adormecido y debilitado que, maravillándose vivamente el pueblo de la singular grandeza de ánimo y del nada acostumbrado desafío al peligro, volvió a recobrar el ya gastado vigor, de algún modo el aliento. Y de día en día fui llegando a ser terrible y sospechoso para los poderosos, y sobre todo querido por el pueblo.»[9]

Wagner, que ha intuido en la historia del Tribuno excelentes posibilidades dramáticas[10], prescindiendo de todo lo superficial y accesorio del libro de Bulwer-Lytton[11], ha dotado a su protagonista de una intensidad que lo eclipsa todo. Rienzi adquiere así una mayor claridad y énfasis espiritual, que en la novela inglesa lo privaba de verosimilitud y aquí, en el drama musical, lo convierte en un personaje de carne y hueso. El músico-poeta no ha creído necesario que ninguna mujer lo redima[12], porque Rienzi es justamente un redentor: mientras el pueblo lo aclama como su libertador, uno de entre ellos lo anuncia como rey…

«Él nos ha convertido en un pueblo
por ello, escuchadme, asentid conmigo.
¡Sea éste su pueblo y él su Rey!»[13]

Rienzi rechaza semejante título. Cuando los hombres del pueblo le preguntan cómo deben nombrarle en su cargo, alude él a los grandes modelos del pasado:

«¡No! ¡Os quiero libres!
El Estado continúa siendo la cabeza,
las leyes las dará el Senado.
Mas si me elegís como protector
de los derechos de los ciudadanos,
recordad a vuestros antepasados
y nombradme Tribuno del Pueblo.»[14]

Tribuno y no rey exige Rienzi, y el pueblo en tal calidad le jurará lealtad. Cuentan las crónicas que el 25 de mayo de 1347 se presentó en el Capitolio revestido con una reluciente armadura y, ante sus partidarios, como "Tribuno de la Sagrada República

---

[9] *Briefwechsel des Cola di Rienzo*, ed. Burdach y Piur, Berlín, 1912, pp. 203-204.
[10] El personaje de Cola di Rienzo fue muy popular entre los siglos XVIII Y XIX. Escribieron tragedias sobre el Tribuno Gustave Drouineau (1826), Mary Russell Mitford (1828), Julius Mosen (1837), Friedrich Engels (1841) y John Todhunter (1881). Incluso Giuseppe Verdi, un ardiente patriota de la unificación italiana, pensó en componer una ópera sobre él.
[11] Como es norma en todas las obras dramático-musicales de Wagner, Rienzi cuenta con libreto del propio compositor, inspirado en el texto homónimo de Edward George Bulwer-Lytton publicado en 1835. Wagner leyó el libro en Dredes durante el verano de 1837, concibiendo allí la idea de componer una ópera sobe el último tribuno romano.
[12] Wagner prescinde en su obra de Nina Raselli, la consorte de Rienzi en la novela de Bulwer-Lytton, pero conserva a Irene, la hermana del tribuno, que de alguna manera suplanta a Nina, muriendo con él al final del drama.
[13] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto I, Escena primera.
[14] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto I, Escena tercera.

romana", proclamó una nueva constitución que restablecía *il buono stato*. Wagner hace decir a Rienzi:

«La libertad de Roma
ha de ser la ley a la que deben someterse
todos los romanos.
Serán castigadas duramente
la violencia y la rapiña,
y serán enemigos de Roma
todos los ladrones.
Que permanezcan cerradas,
como ahora están,
las altivas puertas de Roma.
Sea bienvenido quien traiga la paz,
quien jure obediencia a la ley.
¡Los enemigos encontrarán
nuestra saña,
destruida será
la horda asesina,
para que el peregrino camine
alegre y libre y el pastor
custodie su rebaño!
¡Jurad, romanos libres,
esta alianza!»[15]

Ayudado con entusiasmo por el pueblo, Rienzi restableció el orden, llamó a los representantes de las otras ciudades de Italia para constituir la nueva República, que aceptaron gustosos su autoridad, y se dispuso a castigar a los nobles, que encontraron en la fuga su salvación. Adriano, aunque procedente del linaje de los Colonna, se une a Rienzi. Sin embargo, quiere saber la verdad, por lo que pregunta al nuevo libertador:

«¡Rienzi, escucha! ¿Qué te propones?
Te veo poderoso. Dinos:
¿Para qué utilizas la fuerza?»

Rienzi responde:
«Sea, pues: ¡A Roma haré yo grande y libre!
Solo las leyes pretendo yo crear,
para el pueblo lo mismo que para el noble!»[16]

Wagner, sin duda habrá imaginado a aquellos nobles de la época de Rienzi con los que él mismo, asqueado, tenía que lidiar cuando se desempañaba como director musical de la corte de Sajonia, y a los que August Röckel denunciaba como intérpretes de una oropelesca mascarada: «Toda esa animación de las Cortes a la vez tan pretenciosa y tan fútil: esta vana fatuidad de una aristocracia, que en vez de

[15] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto I, Escena cuarta.
[16] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto I, Escena cuarta.

ser representante y guía de su pueblo, está totalmente desprovista de toda aspiración seria y superior y se divierte sólo con cintajos, medallitas y crucecitas y con frivolidades de la especie más pueril, por no decir más vituperable.» [17]

Pues bien, fue esa nobleza, que se ha degradado a sí misma, la que acusa a Rienzi de dictador, una palabra que en nuestro tiempo causa temor. Pero, ¿qué es dictador…? Durante la República romana, dictador era un magistrado investido con el poder absoluto –el summum imperium– para atender emergencias militares o tareas excepcionales. Su origen se remonta a la época en que la República, apenas transcurridos diez años desde su instauración, se halló en gravísimo peligro, porque los partidarios del destronado Tarquino levantaron un temible ejército, y los plebeyos se negaron a tomar las armas en tanto no se les perdonaran las deudas adquiridas con los patricios. Ante la gravedad de los sucesos, propuso Tito Largio el establecimiento de un magistrado extraordinario que asumiera todos los poderes y conjurase el conflicto. Así fue, y designado el mismo Tito para el cargo, resolvió oportunamente el caso. Lo que no pudieron muchos, lo solucionó uno solo. Desde aquellos tiempos, la dictadura prestó grandes servicios a Roma. Los nombres de Largio, Cincinato, Camilio y Papirio, así lo prueban; y así permanecería, si no fuera por culpa de la ambición, que degeneró la institución en tiranía.
Por lo tanto, no pueden confundirse dictadura y tiranía. Para Platón, el hombre tiránico despoja a sus conciudadanos y se torna bribón y malvado; para extinguir toda libre voz de crítica debe quitar de en medio precisamente a los mejores, los más sabios y meritorios, rodeándose de esclavos vilmente trémulos; esclavo él también de sus propias pasiones, torturado por temores incesantes, inflamado por insaciable codicia. Es la antítesis del hombre regio, dueño de sí mismo, el cual, adhiriéndose a lo que es y no cambia, goza del estable y puro placer de la sabiduría y la virtud.
La historia de Rienzi puede aplicarse también a nuestra época: la nobleza se ha corrompido, el pueblo degenerado. Si bien para Platón, el gobierno del pueblo era el sistema más perfecto, no tenemos ahora pueblo, en su más elevada concepción aristocrática, sino masa, más propensa a vivir esclavizada que a pelear por un destino o un ideal. Ya no será democracia, sino oclocracia, el gobierno del populacho, es decir, un conjunto de individuos que a la hora de abordar asuntos políticos, presenta una voluntad viciada, evicciosa, confusa, injuiciosa o irracional, por lo que carece de capacidad de autogobierno y, por ende, no conserva los requisitos necesarios para ser considerada pueblo.
Una conjuración está en ciernes. Stefano Colonna, el padre de Adriano, va a la cabeza de los que quieren eliminar al tribuno. Colonna no se deja influir por el júbilo de las masas. Temblando de indignación escuchamos sus acusaciones:

«¡Es el ídolo de este pueblo,
al que ha hechizado con sus engaños!»[18]

Adriano, situado entre su padre y Rienzi, a cuya hermana Irene ama ardientemente, descubre la conjura. Los nobles son arrestados. Sin embargo, Rienzi hace prevalecer la misericordia antes que la justicia. Abusando de su bondad, tratan los nobles de

[17] Citado en Gregor-Dellin, *Richard Wagner. Su vida. Su obra. Su siglo,* Madrid, Alianza. P.202.
[18] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto II, Escena segunda.

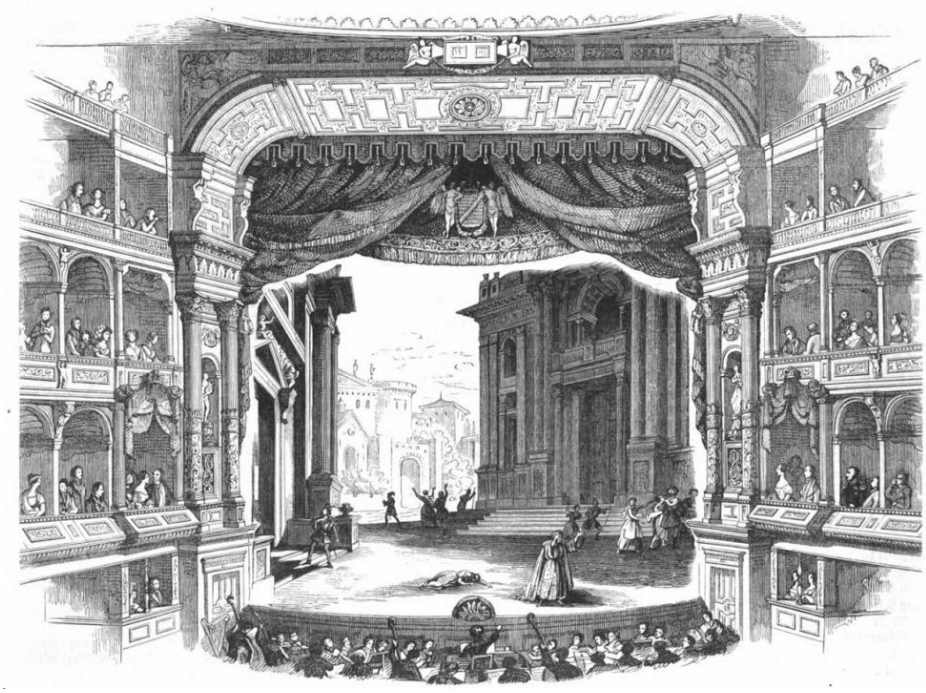
incitar a las masas contra Rienzi. Los mismos hombres que otrora aclamaron al tribuno, no tardan en gritar:
«Ahí está el traidor, a quien servimos,
que ofrendó a su soberbia nuestra sangre,
y nos precipita a la perdición!
¡Ay, venguémonos en él»

Desde Aviñón, el papa Clemente VI, al comprobar que el nuevo tribuno pretendía restaurar la autoridad de Roma sobre las ciudades y provincias de Italia, comprende que con Rienzi peligra su soberanía sobre los Estados Pontificios y decide cambiar su apoyo a los nobles, promulga la excomunión contra su persona.

«… Me abandona la Iglesia,
en cuyo honor comencé mi empresa.
Me abandona también el pueblo,
a quien yo hice digno de este nombre,
me abandonan todos los amigos,
que la suerte me hizo conocer… »[19]

Rienzi, maldito por la Iglesia[20] y abandonado por sus propios partidarios, se arrodilla ante el único ser que lo supera: Dios. Humilde, como la más insignificante de las criaturas, pues sabe que su poder viene de la Providencia, en ferviente oración implora al Omnipotente:
«Tú me fortaleciste,
me diste una gran fuerza,
me concediste una suprema facultad:
iluminar a quien no tiene miras,
elevar al caído en tierra.
¡Cambiaste la afrenta del pueblo
en grandeza, esplendor y majestad!
¡Oh Dios, no destruyas la obra
erigida para alabarte!» [21]
Y es precisamente esta oración una de las páginas más sublimes del repertorio wagneriano, que redime a esta obra juvenil de todo lo mediocre y poco convincente que en ella pudiera haber. Sólo queda el trágico final…

[19] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto V, Escena segunda.
[20] Como más tarde lo será Tannhäuser. Irónicamente uno de los descendientes de Rienzi, Gioacchino Vincenzo Raffaele Luigi Pecci, se convertirá en el papa León XIII.
[21] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto V, Escena primera.



Litografía del Illustrirte Zeitung de 1843 que ilustra la última escena del Acto IV de Rienzi.

El Capitolio, desde cuyo balcón afronta Rienzi junto con Irene su destino, es incendiado por el populacho al grito de:

«¡Venid! ¡Venid! ¡Venid con nosotros!
¡Traed piedras y antorchas!
¡Está maldito, está excomulgado!»

Inútil es aplacar a la voluble plebe. Su hermana perece con él negándose a aceptar la fuga que le brinda Adriano. El 8 de octubre de 1354 un levantamiento popular, instigado por los Colonna, culminó con la detención de Rienzi, que entonces contaba con 41 años de edad, y su inmediata ejecución por decapitación. Después de ello su cadáver fue quemado y sus cenizas arrojadas al Tíber.

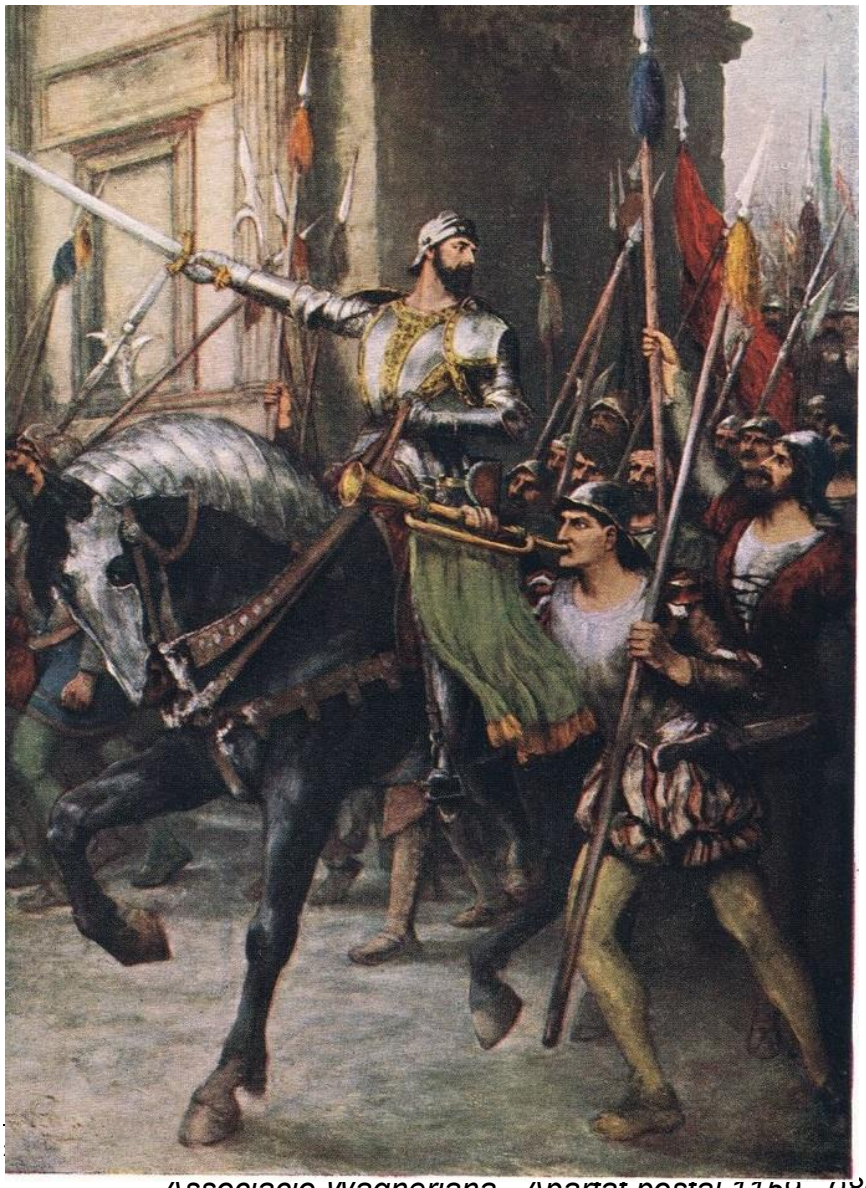
La muerte de Rienzi es una premonición del fin de Wotan en lo alto del Walhalla: las llamas que envuelven y devoran al Capitolio romano –*Capit mundi*–, alcanzarán más tarde a todo el universo. Sólo que aquí no hay redención posible sino maldición. Wagner hace decir al Tribuno, en la primera versión de la obra, estrenada en 1842:

«¿Cómo? ¿Es esta Roma?
¡Miserables! ¡Indignos de este hombre,
el ultimo romano os maldice!
¡Maldita, destruida sea esta ciudad!
¡Cae y piérdete, Roma!
¡Así lo quiere tu pueblo degenerado!»[22]

[22] Richard Wagner: *Rienzi*, Acto I, Escena primera (Versión 1842).

Es el fin del mundo de los héroes, el fracaso de todas las utopías que buscaban restaurar la grandeza perdida y que, con su trágico cataclismo, da inicio a la era del rebaño humano, donde lo único que importa es el número y no la calidad. ¡Con qué despreciables y falsas banderas serán, desde entonces, anunciadas las revoluciones! En su nombre los héroes serán generosamente sacrificados, quedando los gobernantes degenerados, representantes de una falsa aristocracia, y el pueblo infiel, fácilmente voluble a sus manipulaciones.

Es este un mundo sin héroes, sin nobleza ni valor. Falta el hombre capaz de gobernarse a sí mismo y a los demás, el artífice de su propio destino, el líder por excelencia, el *magister populi*, señor del pueblo. No importa quién es o de dónde venga. Sin esa clase de hombres, buenos, valientes y de noble corazón, falta al mundo voluntad y queda el pueblo huérfano, porque el Líder es la voluntad misma. Sin esa clase de gobernantes, la política se vuelve sucia y mezquina, porque carece del Ideal del que debe nutrirse. No es casualidad que cuando en abril de 1945 se libraban las últimas batallas de la conflagración mundial, dando inicio a esta época de decadencia espiritual, donde ya no existen héroes ni victorias que celebrar, la partitura autógrafa de *Rienzi* haya sido también devorada por las llamas.



Pero de aquel fuego destructor de pueblos surge la voz del último Tribuno, acompañada por las notas de la arrebatadora obertura, que clama con fuerza y claridad sobre las ruinas del mundo agonizante:

«¡Escuchad mis últimas palabras!
¡En tanto que existan
las Siete Colinas de Roma!
¡En tanto que no perezca
la Ciudad Eterna,
veréis regresar a Rienzi!»[23]

Pintura de Ferdinand Leeke.

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona
Http://www.associaciowagneriana.com info@associaciowagneriana.com